





JOSÉ ANTONIO MUÑOZ ROJAS

# CONSOLACIONES DEL CAMPO

nº 7

Colección *Espada de Luz*  
SERIE LITERATURA

*Directores*  
Antonio Chicharro y Cristóbal López Silgo

© *De los textos*: José Antonio Muñoz Rojas

© *De la introducción y selección*: Antonio Carvajal

© *De las fotografías*: Francisco Fernández

© *De la ilustración*: Marité Martín Vivaldi

Edición no venal

*Editan*: Asociación de Padres de Alumnos "Torres Bermejas"  
Instituto "Alhambra" de Granada

*Depósito legal*: Gr-631/2000

*Imprime*: La Gráfica, S.C.And.  
c/ Ricardo del Arco, 4 y Ziríes, 1.  
18005 Granada

*H*ace cincuenta años, cuando apenas si disfrutábamos de la radio y no se conocían ni la televisión ni los teléfonos móviles, los periódicos llegaban tarde y mal a los pueblos y los coches eran una rareza, privilegio de ricos, de manera que en las noches resonaban los trenes con un temeroso y lento bramido y su silbido, si el cielo estaba encapotado, parecía brotar en nuestro mismo cuarto, oí contar una historia tristísima de amor que había tenido lugar, siglos antes, en aquella pavorosa peña que, a mis ojos de niño, dividía en dos la llanura extensa a los pies de Archidona y ocultaba a nuestras miradas la vecina ciudad de Antequera. Quince años después, en casa de Carlos Villareal, leyendo un libro titulado *Historias de familia*, de José Antonio Muñoz Rojas, recuperé la leyenda de la peña de los Enamorados, con nombre de autor, aquella misma que de niño escuché como anónima en labios populares. No me extrañó: Los Sonetos de amor por un autor indiferente (entiéndase cuyo nombre no importa conocer), ya me habían dado indicio de que Muñoz Rojas tenía una tendencia a ser “sordo a lisonja, a vanidad inculco”. Un poeta que, curiosamente, tantas veces usaría luego su nombre en ese monumento de amor titulado *Cantos a Rosa y que yo, adolescente, leí con avidez y fruición en la edición de “Adonais”*.

*Pasaron los años, siempre nutridos de poesía y de su poesía, en verso, en prosa: Recuerdo cuando Carlos Villareal,*

*las manos trémulas, me entregó en la librería malagueña de Antonio Mateos el ejemplar de Abril del alma que acababa de comprar; quien no haya convivido con el bibliófilo no puede ni imaginar lo que para él supone conseguir un ejemplar de la primera edición de un libro perseguido y escurridizo. Recuerdo la honda emoción de mi padre cuando le regalé Las cosas del campo. Mi padre, agricultor y amante de la lectura, encontraba allí conformado, con palabra precisa y mirada bondadosa, un mundo que él sentía y no podía expresar. Supe, entonces, que es altísima misión de la poesía prestar la palabra necesaria a quienes no saben pronunciarla por sí mismos.*

*En ese pasar de los años llegó 1984 y, con él, mi nombramiento como director del Aula de Poesía de la Universidad de Granada. Lo primero que me exigieron fue un programa y, en ese programa, incluí desde nombres de poetas recientes y casi desconocidos hasta los nombres mayores de Vicente Aleixandre y Dámaso Alonso; por supuesto, el de José Antonio Muñoz Rojas. Vicente Aleixandre me facilitó sus direcciones y sus números de teléfono: “Te dirá que no, pero insiste. No le gustan demasiado los actos públicos, se pone muy nervioso, lee deprisa y lo pasa muy mal; pero es tan generoso que, al final, aceptará”. Como Don Vicente me la había anunciado, así ocurrió. A la primera llamada me respondió con voz incrédula “pero si de mí no se acuerda nadie”. Le contesté que yo sí, y no sólo me acordaba, sino que releía sus libros con frecuencia; me sometió a un discreto pero riguroso examen. Sí, tenía lagunas, no conocía Antequera norte de mi pluma ni su ensayo sobre Pedro Espinosa ni... Pero podía decirle sonetos suyos de memoria. Me pidió que lo llamara pasado*

*un mes. Nueva vacilación, nuevas dilaciones. Entre tanto, el 14 de diciembre, falleció Vicente Aleixandre y el nombre del amigo común que nos había dejado consiguió lo que todos mis ruegos no habían logrado durante meses: Muñoz Rojas aceptó venir a Granada. Aproveché para reeditar, limpio de muchas erratas, ese precioso conjunto que son los Sonetos de amor por un autor indiferente, pues no me atreví a pedirle poemas inéditos. Y al fin nos conocimos en persona, no sólo de voz y de letra impresa.*

*Desde entonces me siento acogido, mimado, querido por este andaluz verdadero y gran señor de la amistad y de la poesía; ésta que siempre es generosa, me ha concedido el don inestimable de formar parte del jurado que se honró al otorgarle el “Premio Góngora” de la Junta de Andalucía; el mundo literario español de nuestros días se dignificó. José Antonio Muñoz Rojas no necesita honores ni distinciones: Pide, desde su palabra aparentemente dicha sin dificultad, desde su sabiduría técnica sin alardes, desde su hondo sentir a todos los seres humanos como prójimos (véase esa cima de calidad humana y literaria que es La gran musaraña) y desde el amor a un mundo que se le va doloridamente de entre las manos, pide, digo, lectura reposada e íntima para transmitirnos su bondad.*

*Los textos que aquí se ofrecen proceden de Las cosas del campo (que incluye Las Musarañas y Las sombras, Barcelona, 1976) y de Poesía, 1929-1980, Málaga, 1989, con prólogo de Cristóbal Cuevas. El poema “De puntillas se ha entrado en mi alma” se publica por primera vez.*

ANTONIO CARVAJAL





## LAS PUERTAS DEL CAMPO

¿Quién sabe las razones de un amor? Son secretas como las aguas bajo la tierra, que luego salen en manantial donde menos se espera. Nada se guarda y el amor menos que nada. A fuerza de pasar los ojos sobre este campo, lo vamos conociendo como el cuerpo de una enamorada, distinguimos todas sus señales, sabemos la ocasión del gozo, la de la esquivez. ¡Oh enorme cuerpo del amante! Por tus barrancos y por tus veras, por tus graciosos cielos, por tus caminos, ya polvorientos, ya encharcados, por tus rincones ocultos y tus abiertas extensiones, por agostos y por eneros, te he cabalgado. Tú también conoces los cascotes de mi caballo. En la más dura coscoja, en la matilla más oculta, en vuelo y en terrón, en todo te he buscado.

Eres un río de hermosura pasando, sonando, ajustándote a la noche, al día, a la estación. Por ti siento pasos antiguos, correr sangre de esta misma de mis venas. Todos somos como tú, algo que ni empieza ni acaba, como la hermosura o estos olivares cuyo fin nunca alcanzan mis ojos.

Y esperamos. A veces es algo áspero este roce del corazón. Todo por fuera está inmutable y algo por dentro roza. ¿Qué será? Un gran aletazo del amor nos sacará a su luz. Quedará todo limpio. Allá en nuestro rinconcillo, el amor sigue. Oh campo, esta hermosura no tiene página ni espejo y sólo, a veces, se deja seducir por el temblor de la palabra, por la insinuación de la poesía. Pero, ¿recogerte, encerrarte? ¿Quién pone puertas al campo?

## LA MADRE

Y la madre soñaba oscuramente:  
Será rubio, tendrá estos ojos mismos.  
Le amarán las muchachas. Una tarde,  
de pronto, llorará junto a una rosa.

Le crecerá la angustia sin saberlo,  
y cada nuevo umbral será una herida.  
Temblará al traspasarlo, hijo mío,  
acaso una paloma, acaso nada.

El viento por la frente, las caídas  
hojas que se acumulan, los rumores  
del corazón callados. Nadie sabe  
las formas repentinas de la dicha.

Yo lo siento aquí hondo en mis entrañas  
el río de tus años que me deja  
una nostalgia antigua, una dulzura  
vieja en mi corazón como la sangre.

Me hace toda ribera, toda muro,  
donde lamen las aguas de tu vida.  
Torno otra vez a ser niña jugando,  
corriendo como niña entre las rosas.

¡Oh sueño en mis entrañas! ¡Oh alto río,  
resonando de siempre en mis entrañas!

## SAZÓN DE TODO

Cada árbol tiene su sazón y su manera de madurar: los hay tímidos, los hay airosos, los hay torpes, como los animales y las personas; pero siempre en una relación dichosa con su forma y su tronco. Ahí tenéis a la higuera. Las ramas que peló el invierno, caen graciosamente curvadas de los troncos cenizosos. Apuntan como lanzas afiladas y, de pronto, unas hojas torpes que, al tercer día de aparecer y a distancia, se dirían de otro árbol (tal es el contraste entre su ternura y la dureza del tronco que las soporta), inesperadas, pendientes de la primera rama que salga en el aire a recibirlas. Los granados son otra cosa. Tanta dureza, tanta sequedad, para luego romper en este prodigio enrojecido, en este leve encendimiento, que pone las copas como ascuas fresquísimas, si cupiera el prodigio de un ascua fresquísimas. ¿Y qué diremos de las encinas? ¿No habéis visto florecer una encina? No habéis visto nada de un temblor y nobleza semejantes. Se enciende también levemente, pero no como el granado en ascua, sino en miel, en un dorado llover, que hace grande y tierno el aire alrededor. Ah si la flor de la encina oliera, ¿qué fuerza de olor no sería la suya, qué chorro de aroma colmando el campo todo? Y este manzano joven, aún sin hoja, que de pronto se ha puesto a dar flor y que parece un candelabro de flores, y que nos ha detenido hoy largo rato en nuestro paseo haciendo que nos preguntemos, cómo es posible tanta hermosura en tan poco lugar.

## EPITALAMIO

Estaba enamorado y le decía:  
“Te quiero . Te olvidaré, y muriera”.  
Y ella le respondía con la mano  
estrechando la suya y lo miraba,

como elevada, como transformada  
en alegría que la hacía sin peso,  
que la llevaba por el aire. Casi  
estuvo por decirle: “Adiós, me voy”.

Pero temió y calló. Sólo le dijo:  
“Te quiero yo también. Si te olvidare,  
que me olviden los ojos que te miran”.  
Y se quedó sin verlo. ¿No nevaba?

Y ella era dulce, y él tan joven  
que apenas si la tierra los sentía.  
Se casaron un jueves, a las cinco,  
entre un redoble de jazmines. Era  
como un jazmín el sí: los labios de ella.

Por los caminos de la dicha iban  
en busca de su hora. Nunca aguarda.

## NICOLÁS EL HISTORIADOR

Estos caminos lo conocían bien y lo echan de menos. Como que por él sabían su propia historia. Lo mismo que la casa y los olivos: sabía el cuento de todo este contorno y no se le caía de los labios. Venía, viejo como ya estaba, con el bastoncillo y el pasito entrecortado, casi todos los días y comenzaba:

—Cuando se hizo este cortijo...

Y seguía:

—Cuando corrió este agua por primera vez...

Y la palabra morosa traía días y figuras.

—Aquí había un cortijo viejo y un día llegaron los amos y el maestro Esperavanes y dijo el amo: “Yo haría un cortijo así y así”. Y lo pintó con el bastón en el suelo. El maestro Esperavanes lo copió en un papel y al día siguiente comenzaron a derribar el cortijo viejo y a levantar el nuevo.

El pobre Nicolás se murió este invierno. Se lo llevó una madrugada de febrero, cruda e inmóvil. Tenía prisa. La prisa de los viejos. Fue mucha gente al entierro. Estas cosas perdieron su cuento y su cantor... Y yo echo de menos el paso leve de mi madre joven y de nosotros niños en su relato.

## SONETO DE AMOR

Yo te daría, amor, yo te daría  
la viña y el almendro y el olivo,  
la tapia que le sirve de recibo  
a tanta madreSelva y lozanía.

Y luego con mis brazos le daría  
descanso a tanto pensamiento esquivo,  
y luego con mis ojos, a lo vivo  
de tu alma hiriendo en gozo, llegaría.

Porque en la tarde tengo tan contenta  
una brisa que sabe lo que quiere,  
y le habla al hueso con ternura tanta,

que el puro hueso en dicha se acrecienta,  
y no sabe si vive ya, si muere,  
la voz o la delicia en la garganta.

## LOS TRIGOS

Eran por diciembre un leve vello de la tierra, unas briznillas que tapaban los terrones. Parecía imposible que la punta del tallo, el dedo delicado, pudiera romper la costra de la tierra endurecida con los hielos y la sequía. Y sin embargo iba asomando como un bozo insistente, más erguido los días templados, más caídos los fríos, dejando calvas donde el escardillo arañó la hoja y vino luego la helada a secarla, donde al sembrador se le fue la brazada, o el puño agarró menos grano, o donde vinieron los gorriones y los palomos que espiaban desde el tejado la ausencia del sembrador para caer sobre el campo. Luego, a las calvas las va igualando la frondosidad circundante, y aquí y allá, la tierra más generosa, el casual abono, yerguen y ennegrecen algunas matas ennoblecidas. El color de un verde tierno se va acendrando, la hoja se hace más ancha, empieza a doblarse con más gravedad a medida que las cañas engruesan. Son los primeros repasos del viento, los primeros remedos de las olas, el primer rumorcillo marinero. Ahora, con las lluvias, crece todos los días, se enmarece todos los días. Y donde la lluvia cayó con más fuerza, comienza a revolcarse. La caña aspira a espiga las más fuertes comienzan a hacerse ásperas. Dentro de poco, aquel bozo de la tierra lamerá los ijares del caballo y cuando llegue la hora de la hoz, acariciará el hombro del segador. Pero entonces, esta lozanía sin freno, estos verdes hondos, serán sucedidos por un amarillo de dorada decadencia. Las tardes serán largas y el hombre buscará la sombra y el agua.

SONETO, DE *ABRIL DEL ALMA*

En este olivarillo de la loma  
que apenas tiene sombra, apenas flores  
que ilustren su pobreza con colores  
o alegren su silencio con aroma;

y que devuelve en fruto cuanto toma  
de la tierra, y nos da con sus sudores  
aceite, que en dorados resplandores  
la dura oscuridad reduce y doma;

en este olivarillo, mi consuelo  
me vino, sin saber cómo ni cuándo,  
mientras iba por él entretenido;

no sé si es de la tierra o si es del cielo;  
sólo sé que lo siento aquí alentando,  
y el corazón lo tiene por latido.



## LOS INSTRUMENTOS DEL VERANO

¡Qué bellos, estos instrumentos del verano! Las horcas, las palas, los *biergos*, las carretas con sus varales. Cuando llega la feria de mayo, se reponen. Vienen ya lisos, pero más lisos los pondrán espigas, raspas y manos. Correrán por la palma suavemente, serán alas levantando la parva, lucirán desnudos al sol. Vienen los carros bamboleantes, más altos que los olivos, cortando pesadamente el duro verdor de éstos con su pajizo pasado, suspendiendo a su paso el zurear de las tórtolas, levantando las alondras cantoras.

Gusto imaginarme al dios del verano, coronado de espigas, cercado de estos instrumentos. Las tardes se alargan por el cielo y entregan el campo crujiente a la noche. El grillo recibe el canto de la cigarra y nunca se interrumpe el hilo de la continuada armonía. Vamos por el rastrojo y cruje. La sierra se avioleta y con el sol último incendia su perfil. Las cosas van recobrando su contorno a esta luz que no ciega. Ahora se puede salir al campo, tumbarse en la era, encararse con las estrellas, escuchar el corazón del mundo. Ahora suena el agua en la reguera, la copla en la realenga, los pasos de las bestias en el careo.

El insecto entra en su reino. Inesperadamente, en los alamillos del soto, un pájaro. Silencio. Silencio que se hace grande, sobre el campo. Y Dios está arriba rodando, haciendo su música.

Vamos viviendo.

## UNA CANCIÓN DE LA CASERÍA

Se queda  
el abril sin flor ni rama,  
pájaro sin alameda,  
muchacho a quien nadie llama.  
Nube sin sol. Desconsuelo.  
O granado sin amor,  
hoja roja o roja flor.  
Ala sin vuelo en el suelo.  
Corazón, en los laureles.  
¿qué haces?

Vienen altas  
mariposas  
Tú no sueles  
descansar.

¡Oh, qué bien saltas,  
corazón, entre las cosas,  
como si no fuera un río  
este irse entre las manos  
del tiempo! ¡Duros vilanos!  
Y la sangre, desvarío  
por las venas. O ese fuego  
que te enciende,  
ese sosiego  
que te huye. Ese caballo  
que te arrebató ¿hacia donde?  
¿Tu alto mayo?

## LOS MELONARES

Este año los melones están regulares. Vinieron mal las aguas y se los llevaron en parte las tormentas. Hubieron de sembrarse y llegan apresurados y tarde. Otros años, por este tiempo, ya habían desarrollados las hojas tremendas, abierto las flores grandes y breves, lanzado las rastras. Este año, llevan un mes de retraso. Veremos cómo paran. Ninguna planta como el melón para buscar la humedad última de la tierra, para el apresurado trabajo de sacarle lo suyo y convertirlo en jugo de frescor y azúcar, en refrigerio de la siesta. Son las únicas isletas de frescura en este mar caliginoso del verano.

En la chocilla los niños del melonero esperan impacientes el primer fruto, como un regalo de la tierra. Van desmenuzando terrones, arrancando la grama tenaz, alisando las calles entre las matas. Espían, hoja a hoja, el fruto esperado. Y el primer melón los pondrá perdidos de churretes, goteantes las manos de azúcar líquida, brillantes los ojos.

Los ojos del padre espían otra cosa. Dice:

—Veremos a ver si los melones estos nos visten o no nos visten.

## CANTO A ROSA, V

Verás, Rosa, que nunca dije nada  
que rozara el amor y, sin embargo,  
esto no expresa nada si no expresa,  
Rosa, que estoy calado hasta los huesos  
en tu amor; que sin ti, Rosa, no veo,  
no oigo, Rosa. Te digo mis oídos,  
te digo mis entrañas, mi aposento,  
te digo mis latidos; si algo puedo  
es porque tú me ofreces una senda  
que me asoma a la dicha; si algo mío  
existe que merezca una ternura,  
que haga saltar un corazón hermano,  
o acudir a la puerta apresurada  
algún alma al leerme, y quiera abrirme.  
Si algo saca color a la alegría  
y descubre algún agua en el secano  
de tanto corazón como latimos,  
es solamente, Rosa, porque puedo  
decir: Rosa, te quiero, y tú me escuchas.

## LAS NUBES

¿De dónde, ligeras, pesadas, blancas, grises, pasajeras del cielo, amantes del viento, vosotras nubes? ¿Qué sería de los cielos sin vosotras a quienes desgarran las montañas y a quienes tan dulcemente se entregan lomas y cerros? Cuando va vuestra sombra sobre los llanos, cuando se pliega sobre los barrancos, cuando parte en claros y oscuros los trigos, cuando bajáis tremendas, o graciosas subís, subís, vosotras, nubes, nostalgia de la tierra, ligeras desterradas, apresuradas amantes, cuyo besar nunca es largo, cuyo destino es tan humano que está pendiente del primer viento.

—Ya están ahí las nubes, dicen los labradores. Y vuestra enorme presencia muda, llenando el cielo, añade no sé qué misterio a la vida. Ya están ahí las nubes.

Es un ligero humo blanco primero, tenue, casi invisible, un algodoncillo sobre la sierra que se confunde con la nieve, y luego unas manos inmensas que van palpando el azul, estrujándolo, ciñéndolo, abriéndolo en grandes lagunas por donde se escapan los ojos.

—Ya están ahí las nubes.

Y las nubes, como los enamorados, se hacen huidizas con el deseo e impertinentes con la abundancia. Pero su presencia llena como su nombre, como su fecundidad.

## LAS CONSOLACIONES

Mientras tus ojos sean árboles de mis pájaros,  
mientras esa ternura que tienes, esa tierra  
valiente de tu carne, donde crecen varones,  
con mi verso te digo dónde tengo mi tierra.  
¡Ay, estrecho entre mares, brazo de río, cañada  
de hermosura, mi herriza por la tarde, tremenda  
herriza entre olivares, verdor entre barbechos,  
entre veranos fuente, en secanos ribera!  
Mas, ¿la sombra, la muerte? ¿Acaso existe amante  
sin espejo, sin noche? Por el río tan ligera,  
parece que es su misma andadura, que el agua  
cantando, sin sentirla, entre el correr la lleva.  
Cuando acordamos, nada va quedando en nosotros  
en donde no haya puesto su dulzura la tierra.

## FINALES DE ENERO

Enero es así. Con días como éste da gloria. Está todo tan limpio, tan lavado el aire, tan recién vestidas tierras y sierras, todo estrenándose. La tierra estrenándose. No hay apenas planta de hombre, huella de animal; sólo, aquí y allá, aparece el aire turbado por la candela de algún talador o aceitunería. Ni apenas pájaros. Alguna avefría silenciosa, alguna primilla a lo suyo, dos lentos grajos. Todo se está quieto. Los caminos perdidos con las lluvias últimas y el agua derramándose sin uso y sin tasa, por zanjas y regueras, hace más solo el campo con su rumor. Bella, mineral y fría. Contra el verde tierno del vallado, contra el verde duro y eterno de los olivos, los árboles que perdieron las hojas, hacen como un humo vagoroso. Y donde hay un almendro, hay un poquito de luz que es un temblor. ¿Un temblor? ¿Una música? El aire está delicado alrededor del almendro. Dentro de unos días, cuando menos se espere, temblará. Ahora abriga la sierra unos colores increíbles, hondos, morados, verdes, un vaho de ternura que la ciñe. Ya estarán a punto los primeros lirios entre las grietas de roca con tierra mullida, los primeros narcisos silvestres con su enorme olor.

## OLOR A JAZMINES

He entrado en la casa deshabitada de todo,  
salvo de un extendido olor a jazmines  
que la llenaba. Me he quedado  
como vestido de su olor, como penetrado  
de ese mundo, fuera de mí, parte de él,  
con tantas sombras que participan de este olor,  
aire hoy sólo animado por el aroma de los jazmines,  
a quien setiembre saca su blanco más profundo,  
como a una vieja arpa su mejor sonido  
una mano antigua, o a unos huesos cansados  
su quejido, el amor.  
Errabundo por la vieja casa me he perdido,  
buscándome a mí mismo,  
a ver si por fin me encuentro. El errabundo  
olor de los jazmines me persigue.



## EL MUNDO

El mundo era ancho y maravilloso.

O frío y desesperado.

Uno era muy pequeño al lado de los altos muros, de las grandes ancas, de los hombros o de las manos de ciertas personas. Tampoco estaba claro lo de las mujeres y los hombres, aunque apareciera tan natural. Por ejemplo, la aspereza en la barba de los hombres y la piel finísima de las mujeres y el misterio de sus ropas, de sus brazos y sus cabellos. Cuando se soltaban los cabellos, empezaban a peinárselos y se los recogían caudalosamente daba gusto estarse mirándolas. Tenían mucho misterio y muy impenetrable. No cabía más que estarse quieto, ahora llega este olor, ahora se les forma este pliegue en el carrillo, ahora les sale un brillo en los ojos.

El mundo estaba lleno de muchas, muy diferentes y muy inexplicables cosas. Otra era que nos gustara estar al lado de ciertas personas y hubiera otras, también, que nos despidieran.

O el ponerse triste o alegre. ¿Por qué en ciertos días el aire no pesaba y todo iba ligero y los pies saltaban solos y había otros sin gana de saltar ni de nada ni de nada? Luego había cosas mal hechas, como el frío y la necesidad para los pobres, y otras dulces, como algunas coplas que se alzaban en el aire y se abatían embriagadoramente sobre nosotros. Y una mano incesante que nos empujaba y un latir dentro que no paraba, agitado o tranquilo, según fuera viniendo la vida.

## TU OFICIO, POETA...

Para que algo quede de este latir,  
para que, si alguien quiere mirarse, pueda;  
para calmar quizá alguna sed, y que alguien diga  
“a mí me pasó algo semejante”.  
Los poetas estamos para eso:  
para ofrecerles tránsito a los demás,  
para que se encaramen sobre nuestros latidos, y que dividan  
un poco más allá, en medio  
de tanta oscuridad como nos circunda.  
A veces nada tiene sentido, ni siquiera  
que me des la mano o ese  
limón redondo tan bello en la vereda.  
A veces lo que tiene sentido no tiene sangre,  
ese poco de sangre por la cual se muere.  
Todo es ganas de morir de otra manera,  
ganas de imitar a los ríos y que la tierra vea  
que hay otras aguas y otras penas, y los cielos  
contemplen misericordiosamente  
nuestras peregrinaciones.  
Tu oficio, poeta, es contemplar,  
que todo se te escriba dentro; luego,  
quizá leer allí mismo, quizá decir a los otros  
lo que allí mismo, escrito, tú lees.

## EL ARTISTA

Era menudo, se pegaba a las paredes a andar, andaba como con miedo, saludaba como con miedo. Parecía huido de otro mundo y que en éste no conociera a nadie. La gente movía la cabeza al verlo.

—¡Digo, el artista!

No debía ser como los demás hombres. Porque cuando de alguien se aseguraba que era un labrador o un curtidor o un panadero, no se decía de la misma manera, ni se dejaba entreabierto tal mundo de suposiciones.

—¿Qué hacen los artistas?

—Ese pinta. Pinta mujeres en cueros.

Cerrábamos los ojos apretadamente. Y veíamos más material la visión. El artista había andado mucho mundo, había tirado mucho dinero, había bebido de lo lindo. Y ahora pintaba sin parar a éste, al otro, a aquél.

—Como si al mundo se viniera para pintar. —Y esto nos plantaba ante el hecho de que al mundo no se venía para pintar.

—Entonces ¿para qué?

—Para hacer cosas de provecho.

—¿Qué es el provecho?

—El provecho es el provecho

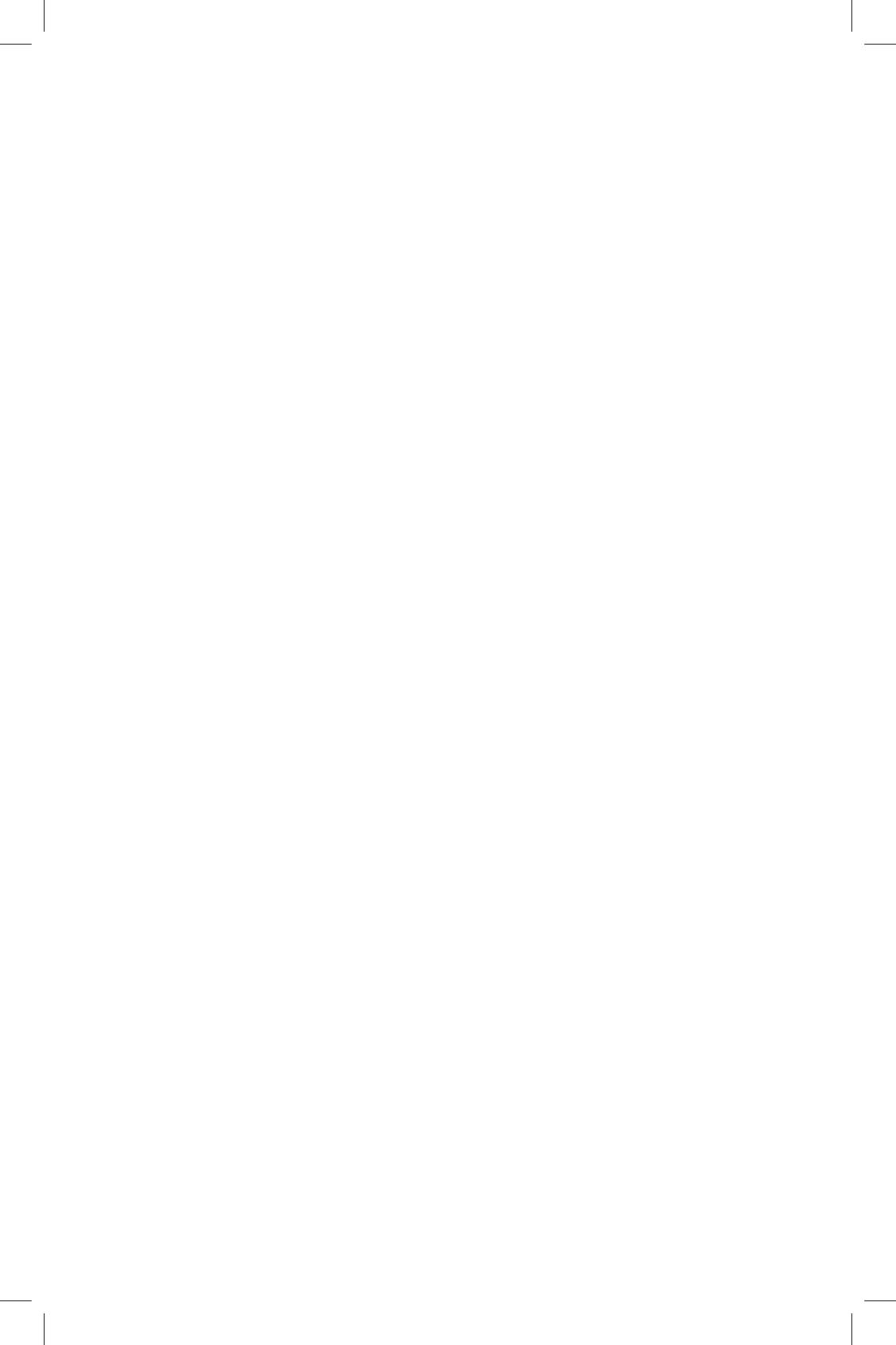
Nunca supimos a ciencia cierta de qué se llenaba el provecho. Ni tampoco que fuera de provecho pintar paredes y no gentes. En nuestro fondo una vocecilla defendía al artista. Sin querer le salía una aureola parecida a la de los santos. Y nos daba lástima que no hiciera cosas de provecho. Con lo fácil que era.

*[DE PUNTILLAS...]*

De puntillas ha entrado en mi alma  
sin sentirlo, ni si el alma tiene puertas,  
aunque he sentido pasos y calor,  
y ese silencio que sucede.  
No hay silencio como el de la soledad  
que no es tan fácil como se dice,  
eso de estar solo (pero eso es otra cosa,  
siempre todo es otra cosa). Pero vuelvo  
a la soledad que tan bien se lleva  
con ese silencio que se hace  
en la soledad, y desvanece las compañías  
que no son soledad. Y nos hace  
andar por dentro sintiendo, las resonancias  
de silencio en la soledad, las olas  
de la soledad en el silencio.

## NUNCA SOMBRA

Tu serás cuerpo, planta, tierra, tronco, tacto, puente, río, rama, rescoldo, espejo, nunca sombra, remanso, arriate, alacena, calor, nunca sombra. No serás, eres, estás: sigues, crezco y no acabo, déjame para volver, siempre nueva de mis montes, operadora de mis días, manijera de mis esperanzas, sin ti, arado sin besana, palabra sin nombre. Siempre uno va a ti y se encuentra, sueña en ti y revive, crece en el sueño de tu carne, crece y vive y sueña por ti. Cuando el calor agobia, penumbra y aire que alivia, cuando el invierno aprieta candela de las mejores leñas, y cuando no hay más que estar y andar, poyo y camino. Por ti se va sin perderse, habitación siempre contigo, claridad por la noche siempre contigo, perenne frescor de patio regado, recostamiento en luz sin ceguera, hundimiento en las raíces de donde venimos, extensión por cielos de donde proceden directamente tus ojos, de olivos relacionados con tu generosidad, de tierra, tierra mía, donde crecen renuevos para siempre, alegrías diarias, pan dispuesto, velada ternura. Agua mía, agua sin sombra y corredora por orillas interiores, fecundante y milagrosamente aumentada, agua con la sed necesaria para más saciedad, el deseo preciso para que la esperanza crezca, el amor como la piedra sobre el que te levantas. ¿Dónde la sombra? El amor no tiene sombra, vive de sí y por sí, no deja que ninguna pizca de sombra se la vede. No se desdobra, sino que recrece y sigue, tierra y planta, libertad segura que sabemos.



*Consolaciones del campo, Acabose de José Antonio Muñoz Rojas, se acabó de imprimir el día 15 de mayo del año 2000, fiesta de San Isidro Labrador, en los talleres de La Gráfica, S. C. And. de Granada, Esta edición consta de mil ejemplares, de los cuales cincuenta van numerados, y sellados, con caracteres romanos y doscientos cincuenta con arábigos.*

*Ejemplar número:*

